
Las torres fantasma: reflexiones feministas sobre la batalla entre el capitalismo global y el terrorismo fundamentalista*

Rosalind P. Petchesky

Estos son tiempos de prueba, tiempos difíciles para saber de un día para otro dónde nos encontramos. El ataque al World Trade Center dejó varios tipos de daños como secuela, el menor de los cuales no es la azorada confusión ética y política en la mente de muchos estadounidenses que de alguna manera se identifican como "progresistas", es decir, como antirracistas, feministas, democráticos (con "d" minúscula) y antibélicos. Aunque ante quienes murieron en el desastre, ante sus deudos y ante nosotros mismos tenemos la responsabilidad de llorar, es urgente que también comencemos a pensar en qué tipo de mundo vivimos ahora y qué es lo que nos exige. Tenemos que hacerlo aunque sepamos que en estos momentos nuestra comprensión sólo puede ser provisional y bien puede verse invalidada dentro de un año, o inclusive dentro de un mes o una semana, por sucesos que no podemos prever o por información que ahora desconocemos.

De manera que, asumiendo el riesgo de estar completamente equivocada, quiero tratar de esbozar una imagen o trazar alguna clase de plano de la dinámica mundial del poder tal como la veo en este momento, donde se incluyan sus dimensiones raciales y de género. Quiero preguntar si hay alguna manera alternativa, más humana y pacífica, de escapar de los polos inaceptables que ahora se nos presentan: la máquina permanente de la guerra (la permanente seguridad de estado) y el régimen del terror sagrado.

Quiero dejar bien claro que cuando formulé la pregunta de si estamos presenciando una confrontación entre el capitalismo mundial y

* Tomado de www.sopos.org/aufsaetze/3bc2ffe8c180/1.phtml

una forma de fascismo islámico-fundamentalista, no pretendo implicar que son equivalentes. Si, de hecho, los ataques del 11 de septiembre fueron obra de la red Al Qaeda de Bin Laden o algo relacionado con ella o inclusive más grande (y por el momento creo que podemos suponer que esto es una posibilidad real), entonces todos los que estamos en esta sala estamos posicionados estructuralmente de una manera que nos da una opción muy pequeña sobre nuestras identidades. (Imagino que para los musulmanes estadounidenses y para los árabes estadounidenses que por un lado se oponen al terrorismo y por el otro están aterrados de caminar en nuestras calles, el dilema moral debe ser mucho más terrible.) Como estadounidense, mujer, feminista y judía, debo reconocer que los Bin Laden del mundo me odian y preferirían que estuviera muerta o, si tuvieran poder sobre mí, me harían la vida imposible. Tengo que desear que estos "perpetradores", "terroristas" o como se llamen, sean aprehendidos y anulados, para que yo pueda respirar con alguna tranquilidad. Esto es muy diferente de vivir en el mismo centro del capitalismo mundial, que se parece mucho a vivir en una familia muy disfuncional que te llena de vergüenza y de rabia por su arrogancia, avaricia e insensibilidad, pero que es, te guste o no, tu hogar y te da al mismo tiempo inmensos privilegios y enormes responsabilidades.

Sin embargo, tampoco sucumbo a la tentación de mostrar nuestro presente dilema en los términos simplistas y maniqueos del Bien contra el Mal cósmicos. Actualmente, esto se ofrece en dos versiones opuestas pero equivalentes, cada una reflejo de la otra: la narrativa propuesta no sólo por los terroristas y sus simpatizantes, sino también por mucha de la izquierda en Estados Unidos y en el mundo, que culpa al imperialismo cultural y a la hegemonía económica estadounidenses de "estar cosechando lo que sembraron", contra la versión patriótica y de derecha que presenta la democracia y la libertad de Estados Unidos como el blanco inocente de la locura islámica. Ambas historias borran todas las complejidades que debemos considerar como factores de una visión ética y política diferente, más inclusiva. Las retóricas maniqueas y apocalípticas con las que Bush y Bin Laden se hicieron eco uno del otro después de los ataques -la pseudoislámica y la pseudocristiana, la *jihad* y la cruzada- mienten por igual.

Aunque no veo las redes terroristas y el capitalismo mundial como equivalentes o como iguales, percibo ciertos sorprendentes y preocup

pantes paralelos entre ellos. Los visualizo como las torres gemelas fantasma que se alzan entre las nubes de humo de las viejas torres; son gemelas, no idénticas, y traban una batalla por la riqueza, el crecimiento imperial y los significados de la masculinidad. Es una batalla que bien puede terminar en un estancamiento, en un interminable ciclo de violencia que ninguna de las dos puede ganar porque no pueden ver a la Otra con claridad. Las analistas y activistas del feminismo en muchos países, cuyas voces han sido inaudibles hasta donde vamos de esta crisis, cuentan con mucha experiencia para hacer esta doble crítica. Durante años, tanto en las Naciones Unidas como en los ámbitos nacionales, hemos estado cuestionando las dimensiones racializadas y con sesgo de género tanto del capitalismo neoliberal como de los diferentes fundamentalismos y hemos intentado hallar una alternativa a su doble amenaza. La diferencia es que ahora se pavonean en la escena mundial en sus formas más violentas y extremas. Veo seis áreas donde sus posturas se traslapan:

1. Riqueza

Poco se puede decir acerca de Estados Unidos como el país más rico de la tierra o de las maneras en que la acumulación de riqueza es el santo grial no sólo de nuestro sistema político (piénsese en las dificultades que tenemos hasta para reformar las leyes que regulan el financiamiento de las campañas) sino también de nuestro *ethos* nacional. Somos el centro de operación de los megaimperios corporativos y financieros que dominan el capitalismo mundial e influyen en las políticas de las instituciones financieras internacionales (FMI, Banco Mundial, OMC), que son sus principales cuerpos de gobierno. Esta realidad resuena alrededor del globo en el panteón simbólico de aquello que Estados Unidos representa, desde los anuncios de MacDonal'd's y de Kentucky Fried Chicken vilipendiados por los manifestantes en Génova y Rawalpindi, hasta las propias torres del WTC. El poder adquisitivo, ya sea individual o corporativo, también acecha y se esconde detrás de los valores que sostienen Bush y Rumsfeld cuando dicen que nuestras "libertades" y nuestro "modo de vida" están siendo atacados y deben ser defendidos con fiereza. (¿Por qué, mientras escribo esto, me llegan por fax mensajes que no solicité sobre oportunidades de inversión en Wall Street o sobre tarifas baratas para ir a las Bahamas?)

La riqueza también es una fuerza impulsora detrás de la red de AlQaeda, cuyos dirigentes son sobre todo los beneficiarios de la educación y el dinero de la clase media alta o de la élite. El propio Bin Laden obtiene mucho de su poder e influencia de la enorme fortuna de su familia, y las células de combatientes árabe-afganos en la guerra de los años ochenta contra los soviéticos eran financiadas no sólo por la CIA y la policía secreta paquistaní, sino también por el dinero del petróleo saudita. Más importantes que esto, sin embargo, son los valores que respaldan a las organizaciones terroristas, los cuales incluyen (como dejó muy claro Bin Laden en su famosa entrevista de 1998) la defensa del "honor" y la "propiedad" de los musulmanes de todo el mundo y "[luchar contra] los gobiernos que están resueltos a atacar nuestra religión y robar nuestra riqueza [...]". Paul Amar nos apremia con justa razón para que no confundamos estas ricas redes, cuyo nepotismo y lazos con los intereses petroleros se parecen misteriosamente a los de la familia Bush, con los empobrecidos movimientos sociales de resistencia en Asia y en Medio Oriente. No hay evidencia de que la justicia económica o la igualdad figuren en ninguna parte del programa terrorista.

2. *Nacionalismo imperialista*

La reacción inicial de la administración de Bush ante los ataques exhibió el comportamiento de una superpotencia que no conoce límites y que impone ultimátums disfrazados de "búsquedas de cooperación". "Todas las naciones en todas las regiones deben tomar una decisión. O están con nosotros o están con los terroristas", dijo Bush en un discurso a la nación que en realidad era un discurso al mundo. "Ésta es la lucha del mundo, es la lucha de la civilización", frase que relega al rango de incivilizados no sólo a los terroristas sino también a aquellos que se niegan a unirse a la lucha. Para los talibanes y para todo régimen que "dé asilo a los terroristas", Bush era el *sheiff* que detenía a los abigeos: "O nos entregan a todos los terroristas o compartirán con ellos su destino". Unos días después leímos: "el anuncio de que Estados Unidos usaría a Arabia Saudita como base para las operaciones aéreas en contra de Afganistán". Conforme avanza la campaña de guerra, sus objetivos parecen más abiertamente imperialistas: "Washington quiere ofrecer [a los mujaidines, la pequeña canalla de narcotraficantes dispersados en su mayor parte por los talibanes] un lugar en el gobierno de

Afganistán después del conflicto" (*New York Times*, 24 de septiembre), como si esto fuera la función oficial "de Washington". Además, Washington y sus aliados están cortejando al octogenario y largamente olvidado rey afgano (ahora exilado en Italia) para que se les una en una operación militar para desalojar a los talibanes y poner... ¿qué? ¿alguna clase de gobierno títere? Aquí no se dice nada sobre elecciones con observadores internacionales, nada sobre las Naciones Unidas y nada sobre los millones de afganos -tanto dentro del país como en el exilio- que no los muestre como víctimas y refugiados oprimidos y sin voz.

Resulta claro que esta ofensiva involucra mucho más que erradicar y castigar a los terroristas. Aunque no quiero reducir la situación a una cruda explicación marxista, no podemos sino imaginar cómo se relaciona con la añeja determinación de Estados Unidos por conservar el dominio en la región del Golfo y mantener el control sobre las reservas de petróleo. Por lo menos una de las facciones del "equipo" de Bush, la cual proclama que también va en pos de Sadam Hussein, muestra claramente que tiene esta mentalidad. Tampoco olvidemos a Pakistán y sus concesiones ante la cooperación exigida por Estados Unidos como respuesta por haberle levantado las sanciones económicas (y ahora, por asegurarle un enorme préstamo del FMI). Como dicta la tradición del poder neoimperial, Estados Unidos no necesita dominar a los países política o militarmente para obtener las concesiones y privilegios que requiere; su influencia económica, respaldada por la capacidad militar de aniquilación, es suficiente. Espoleado por la ira popular que produjeron los ataques al WTC, todo esto se encuentra envuelto en la efusión de patriotismo nacionalista y el ondear de las banderas que ahora adornan el paisaje estadounidense.

Aunque las fuerzas de Bin Laden carecen del verdadero poder imperial de Estados Unidos, remedan sus aspiraciones imperiales. Si preguntamos qué es lo que buscan los terroristas, tenemos que reconocer su visión del mundo como una forma de nacionalismo extrema y nociva; es una clase de fascismo, yo diría, debido al uso del terror para alcanzar sus metas. En este respecto, sus metas, como las de Estados Unidos, van más allá del mero castigo. Paul Amar dice que toda la historia del nacionalismo árabe e islámico ha trascendido las fronteras coloniales del estado-nación y, en la forma, siempre ha sido transnacional y panárabe o panmusulmana. Aunque los terroristas no tienen una base social ni legitimidad para acogerse a esta tradición, es claro que pretenden usurparla; esto se vuelve evidente en el lenguaje de Bin Laden en el

que invoca a "la nación árabe", "la península arábiga" y una "hermandad" que abarca desde el este de Europa, Turquía y Albania, hasta el Medio Oriente, el sur de Asia y Cachemira. Su misión es expulsar a "los infieles" y a los musulmanes que los apoyan de algo que parece ser la tercera parte del planeta. Al provocar que Estados Unidos bombardeara Afganistán y/o tratara de expulsar a los talibanes, seguramente iban a desestabilizar Pakistán y quizá lo arrojarían a las manos de extremistas semejantes a los talibanes, quienes entonces controlarían las armas nucleares, lo cual sería un gran paso hacia su versión pervertida y robada del sueño panmusulmán.

3. *Pseudorreligión*

Como muchos otros han comentado, interpretar la situación actual como un "choque de religiones" o "choque de culturas" es sumamente engañoso. Lo que tenemos en su lugar es una apropiación del simbolismo y del discurso religiosos con propósitos predominantemente políticos y para justificar la guerra permanente y la violencia, así que Bin Laden declara una *jihad* o guerra santa en contra de Estados Unidos (tanto su población civil como sus soldados) y Bush declara una cruzada contra los terroristas y contra todo aquel que los proteja o los apoye. Bin Laden se declara a sí mismo el "siervo de Alá que lucha en aras de Su religión" y para proteger las sagradas mezquitas islámicas, mientras que Bush declara que Washington es el promotor de la "justicia infinita" y predice la victoria segura porque "Dios no es neutral". (El Pentágono cambió el nombre de la "Operación Justicia Infinita" por el de "Operación de Libertad Duradera" tras la objeción de los musulmanes estadounidenses y la advertencia de tres clérigos cristianos de que el nombre se arrogaba divinidad y se estaba cometiendo "el pecado de soberbia".) Pero tenemos que cuestionar la autenticidad de este discurso religioso en ambas partes, no importa qué tan sinceros sean sus proponentes. Una declaración escrita por un distinguido grupo de académicos islámicos denuncia firmemente el terrorismo, el injustificable asesinato de civiles inocentes, como contrario a la ley de la *Sharia*. Por otra parte, la adopción que hace Bush de este discurso apocalíptico sólo puede verse como la sustitución del discurso neoliberal internacionalista que rechazan los conservadores, por una forma de legitimación conservadora y de derecha. En los dos casos, vale la pena citar al siempre

sabio Eduardo Galeano: "En la lucha del Bien contra el Mal, siempre es el pueblo el que resulta asesinado".

4. Militarismo

Tanto el gobierno de Bush como las fuerzas de Bin Laden adoptan los métodos de la guerra y la violencia para conseguir sus propósitos, pero lo hacen de manera muy distinta. El militarismo estadounidense es de ultra-alta tecnología y pretende aterrorizar por el solo poder, volumen y virtuosismo tecnológico de nuestro armamento; claro que, como prueban la historia de Vietnam y la persistencia de Saddam Hussein, se trata de una ilusión de primerísimo orden (¿recuerdan las "bombas inteligentes" de la guerra del Golfo que atacaban máquinas de Coca Cola?). Sin embargo, nuestra tecnología militar también es una industria enorme e insaciable cuya razón de ser no es la estrategia, sino las ganancias. Como señala un crítico de las prioridades del servicio de inteligencia de Estados Unidos, "el juego de la defensa nacional es una operación de sistemas y de dinero" que tiene poca pertinencia para el terrorismo, si es que tiene alguna. Los misiles tenían el propósito de combatir a los estados hostiles que contaban con su propio territorio establecido y sus arsenales de armamentos, no a los terroristas que se andan escabullendo por todo el mundo y cuyas "armas de destrucción masiva" son cuerpos humanos y aviones secuestrados, ni al famosamente impenetrable terreno y los montones de escombros que conforman Afganistán. Incluso George W. Bush señaló, en uno de los comentarios más inteligentes que ha hecho hasta el momento, que debemos ser astutos y no dirigir "un misil de crucero de dos mil millones de dólares a una tienda de campaña vacía que cuesta diez". Sin embargo, cuatro días después del ataque, los demócratas del congreso agregaron más locura a la ya existente al retirar su oposición al caro y destructivo "escudo antibalístico" de Bush y votar por restituir 1 300 millones de dólares que podrán gastarse en este proyecto peligroso y mal elaborado. Las compañías de armamento se aprestaron a recibir enormes pedidos para la inminente guerra que viene, una guerra, nos dicen, que durará mucho tiempo, quizá el resto de nuestra vida. El militarismo de Estados Unidos no se trata de actos racionales, ni siquiera se trata de la lucha contra el terrorismo, sino de ganancias.

La manía por la guerra y las actividades en torno a la bandera que han realizado los estadounidenses no expresan el deseo de logros militares, sino algo más, algo que resulta más difícil de comprender para la disidencia feminista y antibélica. Quizá sólo se trata de la necesidad de dar salida a la ira y sentirse vengados, o de la necesidad mucho más arraigada de vivir cierto ambiente de comunidad y de tener objetivos nobles en una sociedad tan atomizada y donde las personas están tan aisladas unas de otras y del mundo. Barbara Kingsolver escribe que su esposo y ella enviaron con renuencia a su hija de cinco años vestida de rojo, blanco y azul a la escuela, como los demás niños, porque no querían que los kingoístas y los censores "nos robaran la bandera". Es probable que su hija repitiera el deseo de muchos adultos menos reflexivos cuando dijo que vestir los colores de la bandera "significa que somos un país, un pueblo unido".

El militarismo de los terroristas es de naturaleza muy diferente, pues se basa en la figura mítica del guerrero beduino o de los guerreros *ikhwan* de principios del siglo xx, quienes ayudaron para que Ibn Saud consolidara su estado dinástico. Su marca distintiva es la valentía del individuo y la fiereza en la batalla; como escribió un testigo árabe que presagió los informes de los veteranos soviéticos que participaron en la guerra afgana de los ochenta: "no le tienen ningún miedo a la muerte, no les importa cuántos caigan, avanzan fila tras fila con un solo deseo: derrotar al enemigo y aniquilarlo" (M. Ruthven, *Islam in the World*, p 27). Resulta claro que también esta imagen, como toda ideología hipernacionalista, está arraigada en un pasado dorado y mítico y tiene poco que ver con la manera en que son reclutados, entrenados y pagados los terroristas de verdad en el siglo xxi. Además, al igual que el militarismo de alta tecnología, el militarismo terrorista de baja tecnología se basa en una ilusión: que millones de creyentes se rebelarán, obedecerán la *fatua* y derrotarán a los infieles. Se trata de una ilusión porque evidentemente subestima el arma más poderosa en el arsenal del capitalismo global y ésta no es la "justicia infinita" ni las armas nucleares, sino los infinitos discos compactos y los tenis Nike. Asimismo, subestima el poder local del feminismo que los fundamentalistas identifican erróneamente con Occidente pues, por ejemplo, el Irán contemporáneo, con todas sus contradicciones internas, muestra la elasticidad y la variedad local y global de las culturas de jóvenes y de los movimientos de mujeres (Sciolino, *New York Times* 23 de septiembre de 2001).

5. *Masculinismo*

En gran medida, el militarismo, el nacionalismo y el colonialismo, en tanto que son arenas de poder, siempre han sido disputas en torno al significado de la hombría. Cynthia Enloe, científica política feminista, señala que "la idea que tienen los hombres sobre su propia masculinidad, a menudo muy débil, es un factor tan importante en la política internacional como lo son el flujo del petróleo, de los cables y del equipo militar". Respecto de los protectores talibanes de Bin Laden, la forma y el exceso de la misoginia que va de la mano con el terrorismo de estado y el fundamentalismo extremo, se han documentado de manera gráfica; basta ir a la página de internet de la Asociación Revolucionaria de las Mujeres de Afganistán (RAWA, por sus siglas en inglés) en www.rawa.org, para ver más fotografías de las que podrán soportar de las atrocidades cometidas en contra de mujeres (y hombres), por supuestas ofensas sexuales, ofensas al código de vestido y otro tipo de transgresiones. Según John Burns, quien escribió para la revista del *New York Times* en 1990, el líder "rebelde" de la guerra afgana que recibió "la cantidad más grande de dinero y armas estadounidenses", y que no era talibán, era conocido por haber "enviado a sus seguidores [durante sus días en los movimientos estudiantiles] a arrojar ácido al rostro de las estudiantes que se negaban a usar el velo".

Respecto del terrorismo transnacional y del mismo Bin Laden, no olvidemos que su modelo es el de la "hermandad" islámica, la banda de hermanos unidos en su compromiso agonístico de combatir al enemigo hasta la muerte. Los campos y escuelas de entrenamiento financiados por la CIA, Pakistán y Arabia Saudita, que se habían establecido para apoyar a los "rebeldes" (que después se convirtieron en "terroristas") durante la guerra contra los soviéticos, no sólo eran criaderos de una red terrorista a nivel mundial, sino también de su cultura masculinista y misógina. Es claro que Bin Laden se considera un patriarca y jefe tribal cuyo deber es sostener y proteger no sólo a su propia comitiva, sus esposas y sus muchos hijos, sino también a toda su red de lugartenientes, reclutas y sus familias; es la contraparte árabe y legendaria del padrino, el *padrone* y el cacique.

En contraste, ¿podemos decir que Estados Unidos, como portador del estandarte del capitalismo global, es "neutro en lo que concierne al género"? ¿Acaso no tenemos a una mujer (incluso una afroestadounidense) al mando de nuestro Consejo de Seguridad Nacional, la mano

derecha del presidente en la planeación de la máquina de la guerra permanente? Pese a conocidos "huecos de género" en las encuestas sobre la guerra, sabemos que las mujeres no somos inherentemente más pacíficas que los hombres; basta recordar a todas esas amas de casa de los suburbios que iban con sus listones amarillos a los aeropuertos, patios de escuelas y centros comerciales durante la guerra del Golfo. Al mismo tiempo, el masculinismo capitalista y global está con vida y sano, mas se halla oculto tras su apariencia eurocéntrica y racista de pretender "rescatar" a las mujeres afganas, sin voz y oprimidas, del régimen misógino que él mismo ayudó a llegar al poder. Las feministas de todo el mundo, que durante mucho tiempo hemos intentado llamar la atención sobre la terrible condición de las mujeres y las niñas en Afganistán, no nos sentimos aliviadas ante la idea de que los aviones de guerra estadounidenses y los jefes de guerrillas financiadas por Estados Unidos lleguen "a salvar" a nuestras hermanas afganas. Mientras tanto, Estados Unidos enviará a pelear y morir en su guerra santa a las madres solteras que se enlistaron en la Guardia Nacional cuando se acabó la asistencia social, los medios de comunicación estadounidenses guardan silencio sobre el activismo y la autodeterminación de grupos como RAWA, y el *establishment* militar de Estados Unidos insiste en negarse a comparecer ante una Corte Penal Internacional por los actos de violación y abuso sexual que cometen sus soldados apostados en todo el mundo. El masculinismo y la misoginia adoptan muchas formas, aunque no siempre son las más visibles.

6. Racismo

Resulta claro que lo que he denominado fundamentalismo fascista o terrorismo transnacional también está saturado de racismo, pero se trata de un tipo muy específico y delimitado: el antisemitismo. Las torres del wtc no sólo simbolizaban el capitalismo financiero y el estadounidense; para los terroristas también eran símbolo del capitalismo financiero judío. Vemos esto en los ya conocidos informes erróneos de los ataques del 11 de septiembre aparecidos en los periódicos árabes de Medio Oriente, donde se decía que podían ser obra de los israelíes; alegaban equivocadamente que entre los muertos y desaparecidos no había ningún judío, por lo que era seguro que los judíos habían sido advertidos con antelación, etc. En la entrevista de 1998, Bin Laden a

menudo se refiere a los "judíos", no a los israelíes, al hacer acusaciones sobre planes que pretendían apoderarse de toda la península árabe; afirma que "los estadounidenses y los judíos... representan la lanza con la que los miembros de nuestra religión han sido masacrados. Cualquier acto realizado en contra de Estados Unidos y de los judíos dará resultados positivos y directos". Por último, Bin Laden reescribe la historia y acaba con la diversidad de los musulmanes al advertir a "los gobiernos occidentales" que deben cortar sus vínculos con los judíos, pues "la enemistad entre los judíos y nosotros se remonta muy atrás en el tiempo y está muy arraigada. No hay duda alguna de que la guerra entre nosotros dos es inevitable, razón por la cual no conviene a los gobiernos occidentales exponer los intereses de sus pueblos a todo tipo de represalias por casi nada" (me estremezco al darme cuenta de que soy parte de esa "nada").

El racismo estadounidense es mucho más difuso pero igual de insidioso; el racismo y el etnocentrismo extendidos que supuran bajo la piel estadounidense, siempre salen a la superficie en tiempos de crisis nacional. Como dijo Sumitha Reddy en una asamblea reciente, el ataque a los sikhs y a otros indios, así como a los árabes e incluso a los latinos morenos y a los afroestadounidenses, como parte de la oleada de actos violentos y de abuso que se han presentado en todo el país a partir del desastre, señala un ensanchamiento de la "zona de desconfianza" en el racismo estadounidense, que va más allá de los acostumbrados límites de blanco y negro. Las mujeres que se cubren la cabeza o usan saris son especialmente susceptibles al hostigamiento, aunque los árabes e indios de todas las edades son quienes resultan asesinados. El estado finge repudiar esos incidentes y amenaza con su procesamiento judicial, pero se trata del mismo estado que elaboró la llamada Ley Antiterrorismo aprobada en 1995 después de las explosiones en la ciudad de Oklahoma (acto realizado por terroristas originarios del país, blancos y cristianos), y que fue pretexto para encerrar y deportar a todo tipo de inmigrantes y ahora otra vez está suspendiendo sus derechos individuales como parte de la fervorosa cacería antiterrorista. El *New York Times* publica todos los días su galería de rufianes con fotografías policíacas de los sospechosos, las cuales nos recuerdan mucho las fotos eugenésicas de los "tipos criminales" de épocas pasadas, e imprimen en la mente de los lectores un conjunto de características faciales que ahora deben temer y culpar. La elaboración de perfiles raciales se ha convertido en un pasatiempo nacional.

Si sólo observamos las tácticas terroristas y la aversión del mundo hacia ellas podremos llegar a la optimista conclusión de que al final los malhechores nunca saldrán victoriosos. Pero no considerar el contexto dentro del cual el terrorismo opera es peligroso; ese contexto incluye, aparte del racismo y el eurocentrismo, muchas formas de injusticia social. Al reflexionar en torno a una posición moral en esta crisis debemos distinguir entre las causas inmediatas y las condiciones necesarias, pues ni Estados Unidos como un estado ni la estructura de poder corporativo y financiero que simbolizaba el World Trade Center causaron el horror del 11 de septiembre. No cabe duda alguna de que el atroz e infame acto que produjo la muerte, discapacidad y orfandad de tantas personas inocentes (que eran de todas las razas, etnias, colores, clases, edades, géneros y que pertenecían a unas 60 nacionalidades) requiere algún tipo de desagravio justo. Por otra parte, las condiciones que permiten al terrorismo internacional prosperar, conseguir reclutas y reclamar legitimidad moral, incluyen muchas de las que son directamente responsables Estados Unidos y sus intereses corporativos y financieros, aunque esto no justifique los ataques en lo más mínimo. Últimamente nos hemos estado preguntando por qué el tercer mundo nos odia tanto; es decir, ¿por qué tantas personas, incluidos mis propios amigos en Asia, África, América Latina y Medio Oriente, muestran tanta ambivalencia ante lo ocurrido y lamentan el imperdonable acto al mismo tiempo que sienten cierta satisfacción porque por fin los estadounidenses también estamos sufriendo? Cometemos un enorme error al atribuir estos sentimientos encontrados sólo a una envidia y resentimiento debidos a nuestra riqueza y libertades e ignorar un contexto histórico de agresión, injusticia y desigualdad. Consideremos estos puntos:

- Como nos lo recuerda Walden Bello en Filipinas, Estados Unidos sigue siendo el único país del mundo que sí ha utilizado las más infames armas de destrucción masiva en el bombardeo nuclear de civiles inocentes: Hiroshima y Nagasaki.
- Hasta este momento, Estados Unidos insiste en bombardear Irak y destruir la vida y provisiones de centenas de miles de civiles, niños y adultos, que se encuentran allí. Bombardeamos Belgrado, una capital con enorme población, durante 80 días ininterrumpidos en la guerra de Kosovo y apoyamos bombardeos que asesinaron a una cantidad incalculable de civiles en El Salvador durante la década de los años ochenta.

Nuestro sistema de entrenamiento militar y la CIA patrocinaron actos de grupos paramilitares tales como masacres, asesinatos, torturas y desapariciones en muchos países de América Central y del Sur como parte de la Operación Cóndor y otras semejantes en la década de los años setenta. Asimismo, este sistema ha apoyado regímenes autoritarios y corruptos en Medio Oriente, el sureste de Asia y otros lados (al Sha de Irán, a Suharto en Indonesia, la dinastía Saudí, *ad nauseam*). El 11 de septiembre también es la fecha del golpe de estado en contra del gobierno de Allende en Chile, gobierno electo democráticamente, y del inicio de los 25 años de dictadura de Pinochet debida, nuevamente, al apoyo estadounidense. En efecto, se trata de una larga historia de terrorismo de estado.

- En Medio Oriente, que es algo así como el centro de la tempestad o el microcosmos de la presente conflagración, la ayuda militar de Estados Unidos y el desligamiento de la administración de Bush son la condición *sine qua non* de la continua política del gobierno israelí de atacar aldeas, demoler hogares, destruir huertas de olivos, restringir el tránsito, asesinar a líderes políticos, construir caminos y ampliar poblados que se convierten en reservaciones dentro del territorio palestino, con lo cual aumenta la ocupación así como los continuos abusos a los derechos humanos de ciudadanos palestinos e incluso árabes, elementos todos que exacerban la hostilidad y los bombardeos suicidas. De esta manera, Estados Unidos contribuye al interminable ciclo de violencia en esos lugares.

- Estados Unidos es uno de los dos países (¡el otro es Afganistán!) que no han ratificado la Convención de las Mujeres y es el único país que no ha ratificado la Convención de la Infancia. Es el más vehemente opositor al estatuto que establece una Corte Penal Internacional, así como a los tratados que prohíben el uso de minas terrestres y armas biológicas; es el principal detractor de un nuevo tratado multilateral para combatir el tráfico ilegal de armas pequeñas y es el único país del mundo que amenaza con un sistema de defensa espacial sin precedentes y con la violación inminente del Tratado de Misiles Antibalísticos. Así que, ¿quién es el "forajido"? ¿Cuál es el "estado rufián"?

- Estados Unidos es el único gran país industrializado que se niega a firmar el Protocolo de Kioto sobre el Cambio Climático Global, pese a los cambios que se hicieron al documento para satisfacer las objeciones de Estados Unidos. Por lo pronto, un nuevo estudio científ

fico mundial revela que Canadá, Rusia y Estados Unidos son los países cuya productividad se beneficiará más por el cambio climático, mientras que los grandes perdedores serán los países que menos han contribuido al cambio climático mundial, como la mayoría de los países africanos.

- Como muestran incluso el Banco Mundial y el documento del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), dos décadas de globalización han dado por resultado no la reducción sino el aumento de la brecha entre ricos y pobres en los niveles nacionales e internacionales. Los beneficios de la liberación y la integración del mercado mundial se han multiplicado desproporcionadamente para los estadounidenses y europeos ricos, así como también para las pequeñas élites del tercer mundo; pese a los supuestos efectos democratizadores del internet, un estadounidense de clase media "debe ahorrar un mes de sueldo para comprar una computadora mientras que un habitante de Bangladesh debe ahorrar durante ocho años para lo mismo". Además, pese al constante anuncio de una retórica de "libre comercio", Estados Unidos sigue defendiendo con persistencia las políticas proteccionistas que favorecen a sus agricultores mientras los pequeños productores de Asia, África y el Caribe (muchos de ellos mujeres) son expulsados del juego por las importaciones estadounidenses y se ven relegados a la economía informal o al trabajo de maquila para las multinacionales.

- Los países del Grupo de los Ocho, en el que Estados Unidos es el socio principal, dominan la toma de decisiones en el FMI y en el Banco Mundial, cuyos ajustes estructurales y condiciones para préstamos y pagos de deudas contribuyen a mantener sumidos en la pobreza a muchos países pobres y a sus ciudadanos.

- Las corporaciones con sede en Estados Unidos pueden dar miles de millones de dólares de la noche a la mañana para "ayudar" a sus contrapartes cuyas oficinas y personal se vieron destruidos en los ataques al WTC, así como el congreso puede votar al instante la entrega de 15 mil millones de dólares a la asolada industria de las aerolíneas. Sin embargo, se han reducido las cantidades que tenemos asignadas para ayuda internacional (excepto la ayuda militar) y nosotros, el país más rico del mundo, ni siquiera alcanzamos el .7% de PIB establecido por la ONU. Un informe reciente de la OMS señala que el costo total del abastecimiento de agua potable y de las medidas sanitarias para todas las personas del mundo que las necesitan sería de tan sólo 10 mil millones

de dólares, pero nadie sabe dónde conseguir ese dinero; es más, a la ONU le falta mucho para recaudar una cantidad semejante para su conocido Fondo Mundial para el SIDA. ¿Qué tipo de ruindad es ésta? ¿Qué indica sobre ciertas formas de racismo, o "apartheid mundial", que valoran unas vidas (que están en Estados Unidos y en Europa) mucho más que otras que se encuentran en otras partes del planeta?

Y la lista continúa con MacDonal'd's, Coca-Cola, CNN, MTV y todo el detrito comercial no solicitado que prolifera en la faz entera de la tierra y ofende la sensibilidad cultural y espiritual de tantas personas (incluidas las turistas feministas y transnacionales como yo, cuando encontramos artículos de nuestro centro comercial local que han sido trasplantados al centro de Kampala, Kuala Lumpur, El Cairo o Bangalore). Sin embargo, hay algo peor que la trivialidad y el mal gusto de estos aludes culturales y comerciales; se trata de la arrogante suposición de que nuestro "modo de vida" es el mejor que existe y que debe ser bien recibido en todas partes, o de que nuestro poder y nuestro supuesto progreso nos dan derecho de dictar políticas y estrategias al resto del mundo. Este es el rostro del imperialismo en el siglo XXI.

Ninguno de estos recuentos puede consolar a quienes perdieron a sus seres queridos el 11 de septiembre, a las miles de víctimas del ataque que perdieron su trabajo, hogar y medios de subsistencia, y tampoco puede disculpar los espantosos crímenes. Como escribe el poeta palestino Mahmoud Darwish, "nada, absolutamente nada justifica el terrorismo". No obstante, en un intento por comprender lo ocurrido y pensar cómo podemos evitar que ocurra de nuevo (lo cual quizá sea un deseo vano), los estadounidenses debemos tomar en cuenta todos estos dolorosos factores. Estados Unidos, como centro de mando del capitalismo mundial, seguirá mal preparado para "acabar con el terrorismo" mientras no empiece a reconocer su propia responsabilidad, pasada y presente, en muchas de las condiciones que enumeré, y las aborde de manera responsable. Pero esto significaría que Estados Unidos se convirtiera en algo distinto de lo que es y que se transformara, incluso que abandonara la engreída arrogación de que debe vigilar al mundo de manera unilateral. Este problema de la transformación es el meollo del molesto asunto de hallar soluciones que no sean el extremo de la guerra, así que permítanme pasar al punto de cómo podemos pensar el poder de manera distinta. Lo que propongo en este momento, tentativamente, es:

La frase "La guerra no es la respuesta" es una verdad práctica al igual que ontológica. Bombardear o realizar otros ataques militares sobre Afganistán no erradicará las redes de terroristas, quienes pueden estar escondiéndose en las montañas o en Pakistán, Alemania, Florida o Nueva Jersey; sólo logrará destruir un país ya diezmado, matar a un enorme número de civiles y combatientes y producir más cientos de miles de refugiados. También es muy posible que genere tanta ira entre los simpatizantes del islam como para desestabilizar la región entera y perpetuar el ciclo de represalias y ataques terroristas. Todo el horror del siglo xx debería enseñarnos que la guerra se nutre de ella misma y que la violencia armada no muestra la extensión de la política por otros medios, sino su propio fracaso; no es la defensa de la civilización, sino su colapso.

Rastrear a los perpetradores del terrorismo y traerlos ante la justicia, en una especie de acción policiaca internacional, es un objetivo razonable pero está lleno de peligros. Como Estados Unidos es la única "superpotencia" mundial, su declaración de guerra contra el terrorismo y contra quienes lo apoyan en todo el mundo está diciendo a los demás países que otra vez estamos adoptando el papel de policías mundiales o, como dijo Fidel Castro, de "una dictadura militar bajo el régimen exclusivo de la fuerza, sin tomar en cuenta las leyes o las instituciones internacionales". Aquí en casa una "emergencia nacional" o un "estado de guerra", sobre todo cuando se define como distinta de cualquier otra guerra, significa la restricción de los derechos individuales, el hostigamiento a inmigrantes, la clasificación de perfiles raciales, la retención de información (censura) o la entrega de información errónea a los medios, todo esto sin límite alguno y bajo la nueva y ominosa Oficina de Seguridad Nacional. Debemos oponernos a la unilateralidad de Estados Unidos y a la permanente seguridad de estado; debemos instar a nuestros representantes en el congreso para que defiendan con diligencia los derechos individuales de todos.

Coincido con la Organización de Solidaridad de los Pueblos Afro Asiáticos (AAPSO, por sus siglas en inglés) de El Cairo en que "el castigo debe infligirse de acuerdo con la ley y sólo a quienes fueron responsables de estos sucesos" y que debe organizarse dentro del marco de las Naciones Unidas y del derecho internacional, no de manera unilateral y por Estados Unidos. Esto ya no es lo mismo que conseguir un sello de goma del Consejo de Seguridad para requisar la seguridad mundial,

como hace Estados Unidos. En las leyes internacionales ya existen numerosos tratados en contra del terrorismo y del lavado de dinero; además, la todavía pendiente Corte Penal Internacional, a cuya instauración se ha opuesto con tanta terquedad el gobierno estadounidense, sería, por lógica, la instancia que debería juzgar los casos de terrorismo, esto con la cooperación de los sistemas nacionales de policía y vigilancia. Debemos exigir que Estados Unidos ratifique el estatuto de la CO; mientras tanto, un tribunal especial con auspicios internacionales (como los que se crearon para Ruanda y la antigua Yugoslavia) también podría establecerse como una agencia internacional para coordinar los trabajos de las policías y los centros de inteligencia nacionales y se contaría con Estados Unidos como cualquier otro miembro participante. Este es el poder del compromiso y la cooperación internacionales.

Sin embargo, ninguna cantidad de acciones policíacas, por más cooperativas que sean, puede detener el terrorismo sin ocuparse de las condiciones de miseria e injusticia que lo alimentan y lo agravan. Estados Unidos debe emprender un serio reexamen de sus valores y políticas no sólo en lo que concierne a Medio Oriente, sino también al resto del mundo. Debe hacerse responsable de estar en el mundo e incluir maneras de compartir la riqueza, los recursos y la tecnología, de democratizar las decisiones sobre el comercio, las finanzas y la seguridad mundiales, y de asegurar que el acceso a "los bienes públicos internacionales" como la salud, la vivienda, la comida, la educación, las medidas sanitarias, el agua y la desaparición de la discriminación racial y de género, tenga prioridad en las relaciones entre los países. Incluso puede decirse que lo que entendemos por "seguridad" debe abarcar todos estos elementos de bienestar, de "seguridad humana", y debe tener alcances universales.

Permítanme citar nuevamente una declaración del poeta Mahmoud Darwish publicada en el periódico palestino *Al Ayyam* el 17 de septiembre y firmada por muchos escritores e intelectuales palestinos:

Sabemos que Estados Unidos tiene una herida profunda y que estos momentos trágicos son un tiempo para ser solidarios y compartir el dolor, pero también sabemos que los horizontes del intelecto pueden atravesar las imágenes de la devastación. El terrorismo no tiene emplazamiento ni fronteras, no reside en una geografía propia: su tierra natal es el desencanto y la desesperanza.

La mejor arma para erradicar el terrorismo del alma se halla en la solidaridad de la comunidad internacional, en el respeto a los derechos de vivir en armonía que tienen todos los pueblos y en la reducción de la brecha cada vez más

grande entre el Norte y el Sur. La forma más efectiva de defender la libertad es a través de la cabal consecución del significado de la palabra 'justicia'.

Lo que me infunde esperanza es que los sentimientos que se encuentran en esta declaración son expresados cada vez por más grupos en Estados Unidos, incluidos el Consejo Nacional de Iglesias, el Partido Verde, una coalición de 100 personas del mundo del entretenimiento y dirigentes de derechos civiles, enormes coaliciones de grupos de paz y organizaciones estudiantiles, Los Neoyorkinos Decimos "No" a la Guerra, mujeres reconocidas (blancas y negras) que han aparecido en el programa de Oprah Winfrey y los padres y cónyuges de las víctimas de los ataques. Quizá pueda surgir un nuevo tipo de solidaridad de entre las cenizas, quizá los terroristas nos obliguen no a imitarlos, sino a ver el mundo y la humanidad como un todo.

***Traducción:* Julia Constantino y Hortensia Moreno**